

Aprender a pensar sociológicamente significa cultivar las facultades de la imaginación. Estudiar sociología *no* puede ser un proceso rutinario de adquisición de conocimiento. Un sociólogo es alguien capaz de liberarse de la inmediatez de las circunstancias personales. El trabajo sociológico depende de lo que Wright Mills, en una frase célebre, denominó la imaginación sociológica (Mills, 1970). La mayoría de los libros de texto sobre sociología, de hecho, llaman la atención sobre ese término. Sin embargo —a diferencia del propio Mills—, normalmente lo emplean con escasa imaginación.

La imaginación sociológica precisa, sobre todo, el poder *«pensar tomando distancia frente a las rutinas familiares de nuestras vidas cotidianas para poder verlas como si fueran algo nuevo»*. Consideremos el simple acto de beber una taza de café. ¿Qué podríamos decir, desde un punto de vista sociológico, sobre este hecho de comportamiento, aparentemente tan carente de interés? La respuesta es: muchísimas cosas.

En primer lugar, podríamos señalar que el café no es simplemente una bebida que ayude a mantener la asimilación de líquidos del individuo. Tiene un *valor simbólico* como parte de unos rituales sociales cotidianos. A menudo, el ritual asociado con el beber café es mucho más importante que el acto de consumir la propia bebida. Por ejemplo, dos personas que conciertan «tomarse un café» juntas probablemente estarán más interesadas en encontrarse y charlar que en consumir lo que beban. La bebida y la comida son en todas las sociedades ocasiones para la interacción social y la ejecución de rituales, y éstos son un riquísimo objeto de estudio sociológico.

En segundo lugar, el café es una *droga* que contiene cafeína, la cual tiene un efecto estimulante en el cerebro. La mayoría de las personas de la cultura occidental no considera que los adictos al café «consuman droga». La razón de este hecho es una cuestión sociológica interesante. Como el alcohol, el café es una droga «socialmente aceptable», mientras que, por ejemplo, la marihuana no lo es. Sin embargo, hay culturas que toleran el consumo de marihuana, pero son desfavorables al café y al alcohol. (Para una discusión más detallada de estas cuestiones, ver capítulo 4: «Conformidad y desviación».)

En tercer lugar, el individuo que bebe una taza de café está encadenado a una serie extremadamente complicada de *relaciones sociales y económicas* que se extienden por todo el mundo. La producción, transporte y distribución de café requieren transacciones continuadas entre muchas personas a muchos miles de kilómetros de quien se bebe el café. El estudio de estas transacciones globales constituye una tarea importante de la sociología, puesto que muchos aspectos de nuestras vidas se ven ahora afectados por comunicaciones e intercambios comerciales mundiales.

Finalmente, el acto de beber una taza de café presupone todo un proceso de *desarrollo económico y social pretérito*. Junto con muchos otros componentes de la dieta occidental ahora corrientes —como el té, los plátanos, las patatas y el azúcar blanco—, el café sólo vino a ser ampliamente consumido a partir del siglo XIX. Aunque el café se originó en Oriente Medio, su consumo masivo data del periodo de la expansión colonial occidental de hace un siglo y medio. Casi todo el café que bebemos en los países occidentales en la actualidad proviene de áreas (Sudamérica y África) que fueron colonizadas por europeos.

➔ Desarrollar la imaginación sociológica significa usar materiales de la *antropología* (el estudio de las sociedades tradicionales) y de la historia, además de los de la sociología. La dimensión *antropológica* (el estudio de las sociedades tradicionales) de la imaginación sociológica es vital, pues nos permite ver qué caleidoscopio de formas diferentes de vida social humana existe. Al contrastar éstas con las nuestras, aprendemos más acerca de lo distintivo de nuestras pautas específicas de conducta. La dimensión *histórica* de la imaginación sociológica es igualmente fundamental: sólo podemos captar la naturaleza distintiva de nuestro mundo actual si podemos compararlo con el pasado. El pasado es un espejo que el sociólogo debe sostener para entender el presente. Todas estas tareas implican el «pensar distanciándonos» de nuestras propias costumbres y hábitos para desarrollar un entendimiento más profundo de ellos.

Hay todavía otro aspecto de la imaginación sociológica: de hecho, aquel en el que Mills ponía mayor énfasis. Se refiere a *nuestras posibilidades para el futuro*. La sociología nos ayuda no sólo a analizar las pautas existentes de vida social, sino a ver algunos de los «futuros posibles» abiertos para nosotros. El ejercicio imaginativo del trabajo sociológico puede que no sólo nos muestre qué es *lo que ocurre*, sino también *qué podría ocurrir* en caso de intentar producir algún efecto. A menos que estén basados en una comprensión sociológica informada de las tendencias actuales, nuestros intentos para influir en los desarrollos futuros serán ineficaces o frustrados.